

Hélio JAGUARIBE, *Desarrollo económico y desarrollo político*, EUDEBA, Buenos Aires, 1964. 215 pp.

En 1962, tras el fracaso del ensayo de bonapartismo que presentó el gobierno Janio Quadros, la sociedad política brasileña, viviendo la tregua impuesta por el régimen parlamentario, veía dibujarse un nuevo intento de liderazgo bonapartista, basado en el frente militar-obrero-burgués que utilizaba el presidente Joao Goulart para restablecer el presidencialismo. Entre los muchos trabajos sobre el bonapartismo que se escribieron en la oportunidad en Brasil, ninguno sobrepasa en sistematización éste que publicó Hélio Jaguaribe y que acaba de aparecer en lengua española.

Foro Internacional, v. 6, n. 1,
El Colegio de México.

La tesis central del estudio es la de que el desarrollo espontáneo, de tipo anglosajón, no tiene, desde principios del siglo pasado, posibilidad de hacerse efectivo. Ya el desarrollo del capitalismo francés y germánico fue realizado mediante una sensible intervención del Estado en la vida social y económica, hecha posible en Francia por el bonapartismo de Napoleón III (entendido como el ejercicio por el Estado de un arbitraje entre las clases sociales, que aseguró las condiciones de estabilidad necesarias para la promoción del desarrollo bajo la dirección de la burguesía) y en Alemania por el bismarckismo (que ha sido, además de un arbitraje entre las clases, un dirigismo nacional). Tales modelos de organización política se repiten con De Gaulle y Adenauer, en el momento en que la competencia del capitalismo norteamericano impone un nuevo esfuerzo desarrollista en los dos países.

En la época contemporánea, el desarrollo depende cada vez más de la programación económica. Admitida la necesidad de enmarcar el esfuerzo de desarrollo en la comunidad nacional, y reconocida la inconveniencia de apoyarlo en los ingresos de capital extranjero, el problema pasa a ser el del efecto de demostración que sufren los países rezagados, llevándolos a rehuir los sacrificios inherentes a la capitalización. Para superar ese problema tres modelos políticos se presentan a las sociedades en desarrollo: el nacional-capitalismo, que exige un liderazgo de tipo bismarckiano, correspondiente a los países en donde el estrato dirigente es constituido por la burguesía empresaria; el capitalismo de Estado, aplicable allí donde la clase media tecnocrática es dirigente; el socialismo, en sus dos formas: originaria, verificada en los países en que la expoliación por el estrato dominante condenó a la clase media a la marginalidad y a la clandestinidad, y derivada, que responde a una necesidad de reforzar el capitalismo de Estado.

La aplicación de esos tres modelos a Latinoamérica aconseja incluir en el grupo de países que tienden al nacional-capitalismo a Argentina, Brasil, Chile, México y Uruguay, así como Venezuela y Colombia. Un segundo grupo, cuyo prototipo sería Bolivia (bajo la dirección del Movimiento Nacional Revolucionario), se inclinaría hacia un capitalismo de Estado, quedándose los demás, incluso Cuba, en el caso de los países carentes de las condiciones mínimas para desarrollarse en el marco del Estado nacional.

Dejando aparte el carácter elitista de la concepción de Jaguaribe (antiguo militante del Movimiento Integralista, versión

brasileña del fascismo en los años 30), y que, aún en el “socialismo originario”, no concede a las clases trabajadoras sino el papel de palanca en las manos de la “clase media tecnocrática”, la limitación mayor del ensayo, además de la poca justificación del esquema latinoamericano, es dejarse influir en demasía por los acontecimientos políticos brasileños del inicio de esta década, pese a que, finalmente, éstos le han dado cierta razón, con el bonapartismo militar implantado en 1964. Sin embargo, aunque se puedan divisar rasgos bismarckistas en el actual régimen militar de Brasil, sería difícil considerar como “nacional” al dirigismo que practica. No solamente el esfuerzo de desarrollo está basado allí preferentemente, en los ingresos de capital extranjero, como señaló recientemente el órgano de clase de los industriales brasileños, sino también que la programación económica adoptada quiere abiertamente integrar la economía brasileña a la economía norteamericana —orientación que se expresa, en el plan de la política externa, en la doctrina de las “fronteras ideológicas”, profesada por el gobierno Castelo Branco. De otra parte, frente a la situación de “marginalidad” y “clandestinidad” en que se encuentra hoy la clase media brasileña, ¿admitiría Jaguaribe que se gesta allí un “socialismo originario”?

La segunda parte de la obra, completamente independiente de la primera, traza la evolución del Estado brasileño, desde los tiempos coloniales, y contiene pasajes de sumo interés, como, por ejemplo, el análisis que proporciona del Estado imperial y de su característica básica, la de “poder moderador”. En lo que se refiere a hechos más recientes, como el “estado nuevo”, el período Kubitschek, el cuadro ideológico contemporáneo, la militancia política del autor le impide ponerse en una posición estrictamente objetiva.

RUY MAURO MARINI
de El Colegio de México